

LECTURAS Y SUGERENCIAS

SOBRE ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Los Estados Unidos, hacen la crítica a sus propios sistemas de educación. Es una buena práctica. Nunca se puede decir que un pueblo piensa así o así; error profundo y que revela la ansiedad por un pensamiento unánime (totalitario) que no se conjuga con el espíritu democrático. Se nos ofrecen "sistemas de educación" como aceptados por todos los educadores norteamericanos: es sólo una manera de desprestigiar la inmensa riqueza mental de un pueblo muy activo y en donde se dan muchos matices. He aquí un caso: Jacques Barzun en "TEACHER IN AMERICA". Publicado en Febrero de este año y ya con seis ediciones. (Little, Brown and Company-Boston 1945). Para los estudiantes y profesores de historia traducimos el capítulo "CLIO; A MUSE".

"La dulce niña recién graduada me decía: "No seguí historia en el College, en vez de eso tomé "social mal".

—Excúseme, pero no entiendo.

—¡Oh! Perdóneme, quiero decir el curso de "desorganización social" (Social Maladjustment) que dictó el profesor X".

—¿Ud. quiere decir que ha estudiado desorganización?

—Sí, sus causas, es decir, inhibiciones, divorcio y cosas parecidas.

—Comprendo. Y ahora, Ud. ¿quiere seguir historia, aspira a un grado académico más alto y por último enseñar?

Esta era la situación, de ninguna manera rara, pero difícil de resolver. La niña sabía algo en forma ingenua de la historia de América, pero nada del resto del mundo, salvo lo que había podido sacar aquí o allá en los periódicos. En cambio sabía que las frustraciones infantiles eran deplorables. ¿Cómo podría trabajar con éxito en curso avanzado de historia en donde se le suponía que conocía el hecho de que Bismarck y Voltaire no eran contemporáneos? Para sacarla de la dificultad se necesitaba que yo le dedicara mis horas semanales de trabajo. Y la broma era—si es una broma ir con la gente de Herodes a Pilatos—que seguramente después de haber alcanzado sus grados en "historia" y de haber entrado a una escuela como "profesora de historia" se le pediría que diera un batiburrillo de curso en "ciencias sociales" lleno de desorganizaciones.

Indudablemente que "historia" suena como algo tonto comparada con "estudios sociales" sobre el matrimonio y el divorcio o con las profundidades de la "ciencia social", tan vagas y extensas como "Africa". De acuerdo con esto, el movimiento para socializar la historia, contemporanizarla y hacerla práctica domina en la escuela secundaria y aun se escuchan a veces proposiciones para abolir la historia "como tal" en los "Colleges" y Universidades.

Siento que podría discutir en mejores condiciones esta amenaza si pudiera tener siquiera una ligera idea de lo que en ese contexto significa la expresión: historia "como tal". Los estudiantes han tratado en vano de explicármela, y ellos recurren, porque les entiendo mejor. Me dicen que historia "como tal" significa, la peor clase de historia "en sentido estricto". Si esto lo entiendo mejor significaría la historia de fechas y datos, sin caracterizar los hechos, que aun se da mucho a los niños en nombre del americanismo. Y a juzgar por los periódicos se aumentará aun más si es que no se vuelve

a meditar sobre este tema. Me alegré mucho cuando leí recientemente que el profesor Packard de la Universidad de Smith había declarado que era previo mejorar la calidad de la enseñanza de la historia antes de aumentar su programa.

La historia "como tal" no existe. Es siempre la historia, el cuento de algo. Historia "en sentido estricto" significa que ese "algo" está diseccionado o estrivado hasta el punto de no dejar nada en la mente. Además por su misma naturaleza, la historia no necesita socializarse. Excepto hasta cierta época de los comienzos, la historia es la narración de la vida del hombre en sociedad. Por otra parte esa época primitiva rara vez es enseñada como historia, sino más bien como paleontología o arqueología; todo lo demás, desde la historia de la construcción de barcos hasta la del base-ball es radicalmente social y absolutamente comprensiva de la totalidad. Las idas y venidas de los ratones y de los piojos interesan tanto a la historia, como dice el profesor Zinsser, como a las dueñas de casa. En resumen, siendo la historia el cuento de la humanidad, y los hombres por definición, interesándose en sí mismos, la historia no puede dejar de ser interesante.

Desgraciadamente la mayoría de la gente la encuentra latosa. El problema está en que la historia no viene preparada en paquetes convenientemente dispuestos para servirla. Tiene que ser estudiada y por lo tanto enseñada y es más difícil enseñarla que cualquiera otro ramo que pueda dramatizarse. Organizar las experiencias adquiridas en diversas partes y proyectarlas de manera que parezcan la vida, es un arte difícil. Cualquiera que hubiera visto la batalla de Waterloo o hubiera oído hablar a Huxley acerca del obispo Wilberforce no lo olvidarían jamás, ni dejaría que alguien lo olvidara. Pero estos hechos trasladados a la "página" o a la "tarima" se aplastan lo mismo que una tortilla "souffle" mal cuidada; mientras que para el espectador parece que hay tantos de estos hechos sin rasgos en un montón que ningún hombre sano se podría dar la paciencia de escarbar en ellos.

Es indudable que es vanal el lanzarse sobre ellos sin tener un criterio para conocerlos y para seleccionarlos; de aquí la subdivisión de la historia en diplomática militar, económica, política, de las costumbres, cada una de las cuales corta una parte de la vida de la humanidad para tratarla como su tema principal. Ocorre que la historia política es el aspecto más considerable, con el cual los demás aspectos están íntimamente ligados llegando a ser así el que de ordinario los comprende a los demás. La desgracia es que la historia política es la que más presta para reducirse a una enumeración de fechas y nombres. Esta es la forma en que generalmente se enseña y escribe; de aquí que los estudiantes la aprendan y la maldigan como la "historia en sentido estricto".

Ellos hacen esfuerzos heroicos para memorizar nombres y fechas, se proveen de cinco "causas" para esto y de diez "resultados" para aquello. Se hinchan con "factores", "fuerzas" y "tendencias"; y cuando exhaustos en la vana lucha para dar cuenta de algo con este sistema de "loros", recurren a las citas de "opiniones" o a los epítetos que exigen respuestas.

El historiador es conocido por los adjetivos que se guarda y los escritores de "textos" serían mejores historiadores si dejaran a un lado la mayoría de los que usan, o por lo menos si los reemplazaran por los que significaran algo más. La materia de la historia es acción, pensamiento y oportunidad; debiera reflejar esto y no ser tratada como un cuento moral hasta que el estudiante sepa una cantidad de hechos y aun así la historia prohíbe la moralización fácil. Los hechos además deberían basarse más en la biografía, pues los estadistas y generales son simplemente hombres, cuyas carreras en vida y muerte poseen atmósfera y sugieren opiniones. Sin opiniones y sentimientos, ¿cómo puede un estudiante participar en lo que le cuentan? Imparcialidad no es indiferencia, es apreciación de fuerzas opuestas y de motivos que chocan.

La historia bañada en "motivos", el arte de la enseñanza consiste en hacer ver al estudiante, que estos motivos se parecen a los suyos y a un tiempo que están modificados en forma sutil por condiciones, ideas y esperanzas que ahora no podemos revivir. Es por esto que las novelas históricas son justamente populares; combinan motivos y color local; pueden exagerar el tema del amor en proporción al "fondo", pero, por lo menos, las figuras se mueven con pasión que reconocemos y costumbres que enviamos. Igual cosa pasa con las "causas" y las "tendencias"; no existen hasta que un historiador las hace posibles dando ejemplos, argumentos, interpretaciones y panoramas de conjunto. Antes de que tenga esperanza de interesarlo a Ud. o a mí debe estar él más que "interesado", y debe estar totalmente sumergido en el tema y lo que es cierto del libro impreso, lo es tanto más de la conferencia o de la hora de discusión: la persona encargada de esto debe hablar como un hombre a sus compañeros acerca de su común ascendencia, no de los monjes, sino de los Pilgrims Fathers, los héroes de la revolución francesa, los artistas del renacimiento, los santos de la Edad Media y así hacia atrás, hasta los Medos y Persas.

Pocas veces indaga el estudiante; pero tiene derecho a saber por qué debe descubrir al puritano o al persa que yacen escondidos en él. El se imagina que dentro de sí no existen estos parásitos y su mente se dirige hacia las cosas contemporáneas. Es por esto que si se le deja obrar con su criterio escoge cursos sociológicos sobre la "familia" o se sume en cursos de "ciencias sociales", que en una Universidad de Oeste consistían en recoger damascos. El problema está en que estas ocupaciones no son en sí mismas malas para el desarrollo de la juventud; pero que en ella se malgasta el tiempo y se orienta mal.

Se pierde tiempo porque la cantidad de saber que se puede recoger a un mismo tiempo que los damascos, es muy pequeña; los conocimientos precisos acerca de una fábrica de conservas, el "reajuste social" entre los compañeros de trabajo y el escribir informes sobre estos temas no dan a la mente suficientes principios que justifiquen el esfuerzo. La experiencia es una gran cosa; pero siempre existe el peligro de que una experiencia se tome para construir una verdad general: he ahí en donde el estudio social no coordinado es equívoco. Sospecho que aún en la "desorganización social" ciertas conclusiones llamativas de reciente factura son presentadas y que el resto consiste en hechos y números que tienden a mostrar que la cesantía es mala y la casa confortable es buena. Desde este último punto de vista uno puede generalizar sin temor y decir que con el nombre de ciencias sociales, psicología, sociología, antropología, economía se les ofrece a muchos estudiantes hoy día un solo ramo innecesario y muy particular llamado "tautología".

La Historia—me refiero a la historia bien enseñada—aspira a un resultado diametralmente opuesto: No es nunca tautológica, no se limita a una experiencia o a un grupo de experiencias, no imita como mono las tretas de las ciencias físicas; no ofrece rápidas fórmulas para el comportamiento humano, ni contestaciones estandarizadas para la solución de los problemas sociales. Pero hace pensar en forma madura al estudiante acerca de los fragmentos valiosos de la experiencia que es posible que puedan llegar a ser las fuentes de los posteriores sustitutos desvalorizados de las pretendidas ciencias sociales. No necesito acentuar el hecho de que estoy contraponiendo la buena enseñanza de la historia con el término medio de las ciencias sociales o sociológicas que frecuentemente la reemplazan. Yo no estoy criticando la enseñanza seria de la psicología, ni los trabajos responsables en sociología guiados por maestros responsables. No pretendo disputar con las disciplinas independientes, sino con los "ersatz" que se proponen para suplantar la historia.

Puede objetarse que el tema de mi pensamiento en la historia está muy bien para historiadores profesionales, pero tiene poco uso para el lego. No defiendo la idea de hacer a todos historiadores, pero en una civilización como la nuestra, construida sobre recuerdos y en un proceso continuo estamos metidos en el pasado lo queramos o no. Ya que esto es así, nadie puede entenderse a sí mismo o a las instituciones a su disposición sin información histórica. La prueba la encontramos en todas partes: cuando fuimos a la guerra, hubo una demanda explosiva por la historia americana. Luego encontramos a poco andar que los hombres que iban a pelear contra Alemania y Japón debían aprender historia universal. Habían vivido tanto tiempo en lo contemporáneo que tenían que ponerse al día. Les mostraron una película preparada por el ejército (un trabajo admirable de montaje cinematográfico combinado con historia) en que se daban los antecedentes de nuestra lucha. Y después cuando planeamos la invasión de territorios extranjeros encontramos que tradiciones diferentes hacen diferentes a los hombres y tuvimos que rellenar a nuestros soldados y jefes militares de épica local o sea historia.

Nuestra primitiva pregunta, debe por tanto, formularse en forma distinta: ¿vale la pena ser tan ignorantes de nuestro pasado interior como lo somos? Lo que la historia enseña no es la fecha de la doctrina Monroe (ese es un incidente) sino cómo pudo llegar a existir ese documento, por qué la armada inglesa era necesaria para que fuera efectivo, cómo ha cambiado su significado y cómo puede estar en ese documento envuelta la vida o la muerte en el futuro. El muchacho que viene desde una plantación de papas en Maine o de Iowa no puede saber que él representa la doctrina Monroe, pero todo Sudamericano está persuadido que cada norteamericano la representa. Esto basta para afectar por lo menos dos vidas, pues el sudamericano también sabe exactamente lo que él siente acerca de la doctrina Monroe. ¿Qué debe hacer nuestro estudiante acerca de ella? ¿Decirse ignorante? ¿Retirar de sus pensamientos la América Latina? ¿Pelear por la doctrina Monroe? ¿Oponerse a ella? ¿No sería más práctico que primero tratara de establecer lo que ella significa?

Todo esto aun se encuentra en el reino de lo posible. Además de los hechos, existe un sentido de la historia que el uso diario desarrolla, parecido al que tiene el experto en madera, en ellas y el experto en arte en los Miguel Angel. Cuando uno está ampliamente basado en la historia occidental europea, incluso la de Estados Unidos, entonces el sentido histórico reconforta y guía. Su poseedor comprende a sus vecinos, sus gobiernos y las limitaciones de la humanidad mucho mejor. Sabe más claramente no lo que es deseable, sino lo que es posible. El llega a ser "práctico" en sentido duradero de no sentirse "épate" por terrores, ni por utopías de segundo orden. Siempre es una ilusión la que crea una desilusión, especialmente en los jóvenes, para quienes la única alternativa posterior es el cinismo. El sentido histórico es un preventivo contra ambos extremos; es un moderador que insiste en saber las circunstancias y condiciones antes de formular un juicio. El sentido histórico sobre todo orienta en la comprensión política. Sugiere que en las luchas entre hombres ninguna virtud implica la posesión de otras; que los motivos están mezclados y que ningún mal es absolutamente perverso. Por estas razones el estudio de la historia hace a los hombres más tolerantes sin debilitar sus determinaciones de seguir el camino correcto: pues saben demasiado bien los inconvenientes.

Aun cuando la historia no tome en esta forma a los estudiantes los induce un poquito a la humildad y evita esos ataques de indignación moral mal ubicada por los cuales Macaulay tanto ricalizó al público británico. Hace unos meses atrás estaba presente en una discusión fuera de los círculos académicos donde la política americana hacia el general De Gaulle, era desmenuzada. Lo que primero se dijo fué que era una mala política. Este fué el punto de partida, por lo que no era argumento. No me propongo dilucidarlo aquí. Lo que es representativo de nuestra falla es lo que después se dijo un argumento histórico: ya que Lafayette había ayudado a Washington en el siglo XVIII nosotros debíamos ayudar a De Gaulle. Después de que esto se hubo dicho un par de veces, alguien pidió mi opinión. Traté de darla; pero sólo logré ilustrar la mente de uno de los presentes. No porque la idea fuera muy abstracta o vaga; todo lo que dije fué que los dos casos no se podían comparar; que dos naciones actuando bajo diferentes condiciones a una distancia de 150 años no podían compararse a un par de dueñas de casa que se piden prestada y se devuelven un poco de mantequilla de vez en cuando.

No me lincharon, pero me acusaron de cínico y casuista, de mente académica y sin sentimientos generosos. "¿Cómo puede Ud. decir esto y admirar a los poetas románticos?" exclama una dama comandando la confusión y la ignorancia. Durante la discusión una frase siempre volvía a repetirse como una denuncia de la política mía y de mi mismo. La frase era "política de fuerza". Yo pregunté qué sería la política si no fuera poder, y me miraron como si hubiera propuesto la poligamia. Pensándolo después sentí que todo esto era un signo y símbolo de nuestra ignorancia en historia, el acufiar frases como "política de poder". Si nuestro alejamiento de la experiencia concreta y de la imaginación concreta continúa yo espero oír hablar de "alimento nutrición", de "matrimonio-hombre mujer".

III

Voy a dar algunas indicaciones para desarrollar el sentido histórico. Para los americanos del siglo XX se necesita, como ya lo dije, un buen comienzo, por lo menos desde los finales de la Edad Media. Un curso como la Introducción a la civilización contemporánea que desde hace 25 años se está dando en la Universidad de Columbia comienza con el año 1200 y traza los cambios en la vida política, económica e intelectual de Europa y América hasta el presente. Ya que es imposible enseñar todo lo "interesante" y "valioso" de este período uno debe contentarse con indicar algunos detalles del flujo y reflujo de las ideas y características de la vida. Las palabras feudalismos, capitalismo, nacionalismo, imperialismo, democracia representan algunos de estos flujos y reflujos. Ellos son bastante familiares, pero en cada uno de ellos cabe una multitud de hechos. ¿Qué son estos itismos concretamente? ¿Quién dió su vida o sus pensamientos a favor de alguno de ellos? ¿Qué grupo favoreció el nuevo o el viejo y por qué razón? ¿Cuáles fueron las palabras de los actores? ¿Cómo se entendieron? y ¿Qué impulsos más ciegos ayudaron o retardaron los cambios? El ser informado y poder criticar el contenido de los últimos setecientos años en esta forma es una tarea digna de un estudiante y de un instructor.

Una gran ayuda al estudiante que intenta esto es el que después de un tiempo la mente sostiene más fácilmente los detalles que al principio parecen una masa caóti-

ca. Como ladrillos en un arco ellos se apoyan unos en otros y permanecen en sus puestos. Llega a ser un placer el pasar de un grupo a otro sin recurrir al texto o a las fechas moviéndose libremente como si uno estuviera entre muertos-vivos. Recuerdo haber discutido con mis estudiantes no hace mucho los puntos de vista de Rousseau sobre la ciencia y la civilización, tema de su primer trabajo y que el grupo había leído. Sucedió que nadie podía recordar la fecha de su publicación. "Esa es lectura descuidada, caballeros. Las ideas de un hombre se forman por lo que ve a medidas que crece, por lo tanto la fecha de nacimiento es importante. Ahora bien, ¿cómo podremos descubrir cuándo fué escrito este libro? "Podríamos mirar la primera página".

—¿Lo olvidarías de nuevo, Juan?

—Algunos libros no traen fecha de edición. ¿Por qué no tratamos de pensar un poco?

—(Un alumno). ¿Cómo puede uno descubrir una fecha pensando?

—Prof. — Ensayen esto. Sé que en sus humanidades leyeron las Confesiones de Rousseau. ¿Recuerdan Uds. por este trabajo, cuándo nació, más o menos el autor?

—(Alumno). — Creo que a los comienzos del siglo XVIII, pues dice en él que su tío peleó bajo el Príncipe Eugenio. Diría que nació alrededor de 1715.

—(Prof.). — Muy bien, en realidad fué en 1712. Ahora bien ¿por la misma fuente podéis saber si Rousseau escribió temprano en su vida? Este ensayo que estamos discutiendo lo hizo inmediatamente famoso. ¿Era aún joven?

—(Alumno). — Sí.

—(Prof.). — ¿Qué edad le pondría Ud.?

—(Alumno). — Cerca de 30 a 35 años.

—(Prof.). — Eres muy adulador. ¡Un joven a los 35 años! Yo esto lo llamo edad mediana para un escritor; pero está bien; indíqueme ahora la fecha aproximada del Ensayo".

—(Alumno). — 1745 a 50.

—(Prof.). — Escrito en el 1749 y publicado en el 50. Pero no hemos terminado. Uds. se fijaron de que en el "Ensayo", Rousseau argüía que el lujo y refinamiento son signos no de progreso, sino de decadencia. Si el argüía eso y la gente por ello se molestaba era porque creían lo opuesto. Ahora bien. ¿Qué idea era más nueva, la de Rousseau contra el lujo o la de Voltaire en favor del lujo?

—(Alumno). — La de Rousseau.—No. La de Voltaire.

—(Prof.). — ¿Cómo lo sabe Ud.?

—(Alumno). — Nosotros leímos en Mandeville, más o menos 1730, que el vicio y el lujo ayudan a la prosperidad. Parecía pensar que ésa era una idea nueva. La gente ilustrada del siglo XVIII estaba muy satisfecha de sí mismo y sentía que todos sus nuevos inventos eran signos de gran progreso moral.

—(Prof.). — Comprensible, ya que nosotros en el siglo XX podemos sentir lo mismo cuando caemos en el mismo error. A propósito, el Ensayo de Rousseau ¿habría sido aprobado o rechazado si él lo hubiera escrito en 1756?

—(Alumno). — Podría haber agregado otra prueba contra el progreso moral: una nueva guerra estalló justamente entonces, que duró 7 años y dejó exhaustas a cuatro grandes naciones.

—(Prof.). — No pensaba en eso, pero es un punto excelente. Aun Voltaire decía que los europeos no tenían derecho en adelante a llamar a nadie salvaje ¿pero, no ocurrió nada más entre 1750 y 55 para destruir a Europa?

—(Alumno). — Ya sé, el terremoto de Lisboa. Voltaire escribió un poema acerca de eso también, y los hombres de ciencia....

... Historia es lo que podéis recordar. Haced del sentido del pasado una función de vuestra mente y elevaréis el gusto, enriqueceréis la contextura de cada experiencia, desde la política hasta el arte. Es la facultad humanizadora por excelencia".